

RICARDO DE ÁNGEL YÁGÜEZ

HACIENDO MEMORIA

*(Algunas cartas a antiguos alumnos
de la Universidad de Deusto)*



Presentación de
ANDRÉS M. URRUTIA BADIOLA

Prólogo de
LUIS ABRIL PÉREZ

RICARDO DE ÁNGEL YÁGÜEZ

HACIENDO MEMORIA

(Algunas cartas a antiguos alumnos
de la Universidad de Deusto)

•

Presentación de
ANDRÉS M. URRUTIA BADIOLA

Prólogo de
LUIS ABRIL PÉREZ



ZUZENBIDEAREN EUSKAL AKADEMIA
ACADEMIA VASCA DE DERECHO
BILBAO
MMXVIII

Patrocinadores / Babesleak

Zuzenbidearen Euskal Akademia / Academia Vasca de Derecho



Patrocina esta edición



Haciendo memoria (Algunas cartas a antiguos alumnos de la Universidad de Deusto)
/ Ricardo de Ángel Yágüez . - Bilbao : Zuzenbidearen Euskal Akademia = Academia Vasca de Derecho, 2018.
XIV, 384 p. : il. bl. y n. ; 24x17 cm. - (Colección Abeurrea Bilduma; 14)
D. L. BI-852-2018
ISBN 978-84-9664-57-6

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su incorporación a cualquier sistema informático u otro tipo de almacenamiento o recuperación de información y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

© Textos: Ricardo de Ángel Yágüez

© Dirección, edición y presentación: Andrés M. Urrutia Badiola

© Prólogo: Luis Abril Pérez

Imágen en cubierta: retrato de Ricardo de Ángel Yágüez por Jorge García Alegría

Diseño y producción: www.ikederonline.es

SUMARIO

Presentación: <i>Andrés M. Urrutia Badiola</i>	XV
Prólogo: <i>Luis Abril Pérez</i>	XVII
Carta número 1	1
Reencuentro con Luis Abril, en la Universidad de Burgos, cuarenta y tantos años después. Comida en Madrid, el 21 de febrero de 2017, con siete antiguos alumnos de <i>la Comercial</i> que terminaron la carrera en 1970. Asisten tres convocados más jóvenes. Un convocado que no puede asistir: Joaquín Almunia. El regalo, interesado, de mi entonces último libro. Temerario compromiso de escribir unas cartas.	
Carta número 2	5
Lo que son, y no son, unas <i>memorias</i> . La anécdota de mi involuntario intrusismo en un grupo de agricultores franceses que visitaban el campo de Murcia.	
Carta número 3	9
El apellido “de Ángel”. Curiosidad de una gran profesora de bachillerato, experta en <i>judíos en España</i> .	
Carta número 4	13
Vuelvo sobre las <i>memorias</i> . Ejemplo de un libro de Stefan Zweig. Cine: <i>Gran Hotel Budapest</i> . Recomendaciones bibliográficas: obras de Yuval Noah Harari y <i>Patria</i> , de Fernando Aranburu. Exaltación de los derechos y eclipse de los deberes.	
Carta número 5	19
El último libro (publicado) de Miguel de Unamuno. Episodio de la adolescente mejicana que resultó ser nuestra inesperada “huésped” durante unos días. Echar la siesta y “estar retirado”.	

- Carta número 6** 25
- Algunos recuerdos de infancia y adolescencia. Lo de la “clase social”, algo en lo que no creo. La promoción de la que formé parte en la Universidad de Deusto (1960-65). Singular propuesta de participación en un debate universitario sobre el derecho de propiedad.
- Carta número 7** 31
- Memorias políticas* de Joaquín Almunia. Mis comunicaciones directas con él y la hilarante anécdota de una confusión entre *El mundo*, de Zweig, y el diario *El mundo*. Algunos nombres de vuestra promoción. Las listas “de Franco”.
- Carta número 8** 35
- Vuelvo sobre las *Memorias* de Joaquín Almunia. Cosas que he dicho recientemente en un video promocional de la Facultad de Derecho de la Universidad de Deusto.
- Carta número 9** 39
- Encuentro con varios antiguos alumnos de la “promoción 81”. El caso del alumno que sufrió una lipotimia el día del examen oral. Las “hazañas” del grupo conocido como *El tomate rojo*. Gravísimos acontecimientos de *San Canuto*, que pusieron en jaque a la Universidad. La “separación por sexos”, en la enseñanza de entonces. Las primeras mujeres en nuestra Facultad. A propósito de algunos pasajes bíblicos. Una alumna que me colocó en situación embarazosa.
- Carta número 10** 47
- Vuelvo a Harari. José María Solozabal, “padre de la Economía”. Un examen de Economía política.
- Carta número 11** 51
- Confusión sobre personajes de *Heidi* y *Marco*. Qué bien recordáis las series infantiles de los 70-80.
- Carta número 12** 53
- La *ergopatía* que siempre he sufrido. Algunos jesuitas filósofos de aquel Deusto (Elorduy, Echarrí y Larrea). Pensamientos sobre la “escasa afición al trabajo” y picaresca. *Responsable* y *responder*.

Carta número 13	59
La defensa de una tesis doctoral. En general, y la de una concreta, que puso en apuros a la doctoranda. Ésta los superó con aplomo y solvencia.	
Carta número 14	63
Experiencias con la <i>hiperinflación</i> en Argentina, durante parte de los años 80: los <i>cambios</i> de cada hora, el precio de los libros y un café.	
Carta número 15	67
Las dos veces que vi al entonces obispo Bergoglio. Brevísimos pero inolvidables encuentros.	
Carta número 16	71
Lo perdonable y lo imperdonable. La ingratitud.	
Carta número 17	73
Libros que se venden y libros que no. Formación e información. La <i>cultura</i> de Internet. La <i>curiosidad</i> , como expresión de la inteligencia. Alumnos que me corrigieron en clase, con razón o sin ella.	
Carta número 18	81
Huésped de honor de la ciudad de Buenos Aires. El mérito de haber nacido un 9 de julio. Palabras castellanas <i>prohibidas</i> en Argentina; algunas de mis <i>pifias</i> en este punto.	
Carta número 19	87
Cuestión de palabras. Paso por una <i>Escuela Nacional</i> . Aquellos asombrosos “maestros nacionales”. Una beca muy generosa y muy disputada. Mi bachillerato elemental en un colegio <i>atípico</i> .	
Carta número 20	95
La promoción de Juan Carlos Ureta. Datos de aquella época.	
Carta número 21	97
Viaje a Inglaterra en el verano de 1964, supuestamente para mejorar mi inglés. Delicioso viaje de ida: tranvía Sestao-Bilbao, tren Bilbao-San Sebastián, <i>topo</i> San Sebastián-Hendaya. Desde la mañana hasta la noche en París; mejor dicho, en Notre Dame. El impresionante cardenal Lustiger. La	

difícil travesía Calais-Folkestone. Primer desencanto: no entender al taxista cuando me dijo el importe del trayecto desde la estación de Londres hasta mi casa de alojamiento.

Carta número 22 101

Segunda parte de mi verano en Londres de 1964. Camarero (mejor dicho, *comís*) en un hotel de Londres, entonces el más acreditado o lujoso; huéspedes permanentes de aquel hotel. Aproximaciones al *cockney*. El servicio de té en la mesa de Elizabeth Taylor.

Carta número 23 107

Terminación de mi verano en Londres, para gozar de una beca en Estados Unidos, con la dolorosa pero esperada muerte de mi padre. Primer viaje a Madrid, para tomar un avión a Nueva York. Breve estancia en la Universidad de Cornell, en plena campaña electoral de las presidenciales de 1964. La también breve experiencia de vivir con una familia norteamericana (Louisville, Kentucky). Algún pensamiento sobre Kennedy, asesinado un año antes.

Carta número 24 113

Algunos episodios en exámenes orales: el alumno gallego que me hizo quedar en ridículo sin él quererlo; la alumna hispanoamericana, la permuta y el *trueque*; expresivas palabras de un alumno: “Don Ricardo, *touché*”. Algún rasgo de los alumnos de los últimos años.

Carta número 25 119

Desastrosa pronunciación del inglés y de cualquier otro idioma extranjero. Descrédito de la memoria y su falsa importancia para el estudio del Derecho. Algunas recomendaciones al respecto.

Carta número 26 125

El problema de la demografía. Algún pensamiento sobre la raíz de la inquietante tasa de natalidad en España. Lectura de un segundo libro de Harari; algunos fragmentos.

Carta número 27 135

Una carta de Javier Muñoz Aizpuru. Permisividad y *relativismo*. El aconsejable libro *Tantos tontos tópicos*, de Aurelio Arteta. El Derecho en el cine:

Veredicto final. Vuelta al *relativismo* y unas palabras del cardenal Ratzinger, pocos días antes de ser elegido Papa. Primeros signos de permisividad en la vida universitaria: el tratamiento (tú o usted) y la vestimenta.

Carta número 28 147

Experiencias con terremotos: Santiago de Chile y Cuzco. Recuerdo del padre Bernaola.

Carta número 29 153

Otros episodios en exámenes orales: Alumnos que “pensaban en euskera”, para luego hacer brillantes exposiciones en castellano. Bachillerato superior (en realidad, bachilleratos) en el Instituto de Enseñanza Media de Bilbao. Rigurosa separación de sexos. Algunos de los profesores de la época. Mis breves experiencias en el trabajo manual: pinche, mecánico ajustador. Comienzo de la carrera de Derecho, después de la matriculación (no consumada) en la Escuela de Ingenieros Navales de Madrid. Exámenes en la Universidad de Valladolid. Algunos profesores de Deusto. Mi fingida condición de chófer del rector de Deusto en un viaje a la Universidad de Eischstätt: confraternidad con el chófer (verdadero) de aquella universidad alemana.

Carta número 30 163

Casos como abogado. Valiosa lección de humildad, como consecuencia de los conocimientos *jurídicos* de una prostituta. Recurso administrativo en defensa de los intereses de miles de enfermeras de toda España. Dictamen sobre la exclusión de mujeres en la comida anual de la Cofradía de San Roque de Llodio.

Carta número 31 171

Terminación de mi trabajo (posible libro) sobre *Conceptos y conflictos jurídicos en la prosa de Quevedo*. El sonado pleito que tuvo su origen en el hundimiento de la cubierta del Polideportivo de Ermua. Brevísimos conocimientos de Miguel Ángel Blanco, que viene a la mente a los veinte años de su asesinato. “Encerrona” del 7 de julio de 2017, con motivo de la presentación de un inmerecido libro-homenaje, escrito por casi una cincuentena de compañeros profesores. El singular episodio de mi brevísima relación con Carlos Menem, entonces candidato a la Presidencia.

- Carta número 32** 179
- Carta de agradecimiento a todos los autores del libro-homenaje. Recuerdo del proceso de nombramiento del profesor René Savatier como primer doctor *honoris causa* de la Universidad de Deusto. Otra recomendación bibliográfica.
- Carta número 33** 185
- Origen y circunstancias de la relación con mi maestro, el profesor Gullón Ballesteros. De Santiago de Compostela a Granada. Experiencias que viví y amigos que hice en Granada. Ingreso en el claustro de la Universidad de Deusto. Algún cargo que tuve. Apretada síntesis de una profesión docente. Dos de mis últimas lecturas: *Imperiofobia* y *Leyenda Negra* y *Joseph Roth & Stefan Zweig. Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)*.
- Carta número 34** 195
- Nuevas comunicaciones de Juan Carlos Ureta y Luis Abril. Mi renovado agradecimiento por haberme inducido a escribir estas cartas. Otros consejos bibliográficos. El mundo de las “recomendaciones”, también llamadas *enchufes*. Pasajes de algunos de mis *comentarios* sobre trabajos del generoso libro de homenaje. Robots y Derecho; convenio colectivo y doctrina del contrato; crisis del concepto clásico de contrato; la *faute* en la última reforma del Código civil francés; veinte años de experiencia del jurado y *jueces legos*; otra perspectiva de la culpa (*sentirse responsable*). Era de la *información* y *analfabetos funcionales*. Una experiencia de la sociedad japonesa: el sentido de la jerarquía. El inventor que *todavía* no había inventado nada. Un inciso, que creo digno de todo elogio, de la sentencia de 21 de febrero de 2017, de la Sala Segunda del Tribunal Supremo.
- Carta número 35** 219
- Experiencia sobre el Derecho y la organización judicial en Sudáfrica. La singular Universidad (*negra*) de Durban-Westville. Otra muy peculiar universidad: la *Femenina del Sagrado Corazón*, de Lima.
- Carta número 36** 225
- Tipos* de individuos. El desagradecido. El *name-dropper*, en sus dos manifestaciones. El *mirón*, relacionado con el *gafe*.

- Carta número 37** 235
- Recientes incorporaciones a la lista de destinatarios de estas cartas (promociones de 1976 y 1990). Recomendación bibliográfica: *La muerte del contrato*. Temor al *síndrome de Orwell*. Las llamadas “redes sociales” y su peligrosidad. *Galería de profesores* de Deusto: don Andrés Mañaricúa y don Juan San José. Inmerecida distinción como socio de honor de la Academia Vasca de Derecho.
- Carta número 38** 245
- Apuntes sobre la “promoción 76”. Disturbios estudiantiles hasta noviembre de 1975. Sigue la *galería de personajes*: el practicante, ocasional o empedernido, del *sablazo jurídico*; quien anda de *digno* por la vida. Continúa la *galería de profesores*: Luis Antonio Burón Barba, Antonio Arza, José Antonio Obieta. El inolvidable Padre Julián Pereda y su ejemplar -también muy aleccionadora- relación con don Luis Jiménez de Asúa. Adrián Celaya. Comienzo de la serie sobre *cosas del lenguaje*. Admirable libro del Profesor Muñoz Machado, titulado *Hablamos la misma lengua*.
- Carta número 39** 261
- Final de la *galería de profesores*: Ignacio Artaza y Jesús María Díaz de Acebedo. Luis María Estibáñez. Pablo Lucas Verdú. Sigo con *cosas del lenguaje*. Magnífico arbitraje en un partido de fútbol. Recuerdos del Patronato de Sestao.
- Carta número 40** 275
- Pena por el fallecimiento de los admirables profesores Manuel Olivencia y Aurelio Menéndez. Rectores de Deusto, desde Díaz de Acebedo hasta Aranzadi: los también jesuitas Pedro Ferrer Pi y Alberto Dou. Desórdenes estudiantiles antes, durante y después de la *transición*. Profesores no juristas; especial referencia al gran matemático Enrique Chacón. Ejemplos de desafortunada traducción del inglés al español. Termina la “serie” de *cosas del lenguaje*: agresiones a la sintaxis y palabras o expresiones que parecen haberse adueñado de los medios de comunicación. Referencia felizmente anacrónica a un libro representativo del *antifeminismo “científico”*. El caso de las cajeras infieles y el atentado a su *privacidad*. *Inestabilidad emocional*, como supuesta causa de la alarmante disminución de la tasa de natalidad. Despedida, con nostalgia y con reflexiones sobre *la memoria de los viejos*. Conclusión para justificarme: he hecho lo que he podido.

Carta número 41

295

No son *cartas eruditas y curiosas*; eso podía hacerlo Benito Jerónimo Feijoo. El *complot* de la edición. Otros recuerdos de mis últimos años de docencia. Joyas bibliográficas. Notarios y registradores. El Profesor Villar Palasí. Más sobre palabras de significado misterioso. Me consta que Vicente Blasco Ibáñez fue declarado fallecido. Otras rarezas del habla: mal uso del *latinoamericano*. Sobre “caracteres” y el vocabulario: *todólogo*. Otro “tipo” conocido: el vago (u holgazán). En torno al *Twitter*. Prisión permanente revisable. Se acompaña el sumario.

Carta número 42, Como si fuera una posdata

313

Lo de la publicación va por un camino inapropiado. Vuestro recuerdo, y el mío, del Profesor Manuel Sigüenza. Fragmentos para la conferencia de la Academia Vasca de Derecho. Algo sobre viajes. Vuelvo sobre *cosas del lenguaje*. Aniversario.

Carta número 43. Ya en pruebas de imprenta

323

Casualidades con sentimiento. Recuerdo del buque *Poeta Arolas*. Los hermanos coadjutores en Deusto. Hermano Gárate, como modelo. Idocin, Oroz, Eguía, Cortabarría. José Mari *el indio*. La tumba de Simón Bolívar. Novedoso e innovador. Doctorandos procedentes de Iberoamérica. Escrutinio de cartas, fotografías y recortes de prensa. Resucitando la *anaquefalayosis* de Ortega. Fábula con enseñanza: la zampoña de Salicio.

Apéndice fotográfico *Andrés M. Urrutia Badiola*

333

PRESENTACIÓN

Hace ya casi tres décadas que un por aquel entonces joven notario, recién incorporado al Departamento de Derecho Civil de la Universidad de Deusto como profesor, solicitaba a uno de sus maestros de licenciatura y director a la sazón de aquel Departamento, su presentación escrita para una novedosa publicación de textos jurídicos en euskera. El maestro respondió solícito a la petición del discípulo y aquel libro fue pronto una realidad. Se trata de *Euskara legebidean* (Bilbao, 1990).

Y es ahora cuando el discípulo, que por azares de la vida ejerce de presidente de la *Academia Vasca de Derecho-Zuzenbidearen Euskal Akademia*, asume, a petición del maestro, el compromiso de presentar este libro en el que el profesor –que, como ya habrá adivinado el avisado lector de estas líneas, es nuestro querido Ricardo de Ángel Yágüez– enhebra, en plena madurez, todo un rosario de recuerdos y memorias de su vida personal, profesional y académica, lo que supone un auténtico placer para quienes se acercan a su lectura y, no hace falta decirlo, para quienes fuimos sus alumnos en la Universidad de Deusto.

Escrito en forma epistolar, uno no sabe qué admirar más en estos textos, si su cuidada espontaneidad o su prodigioso ritmo, si la remembranza de aquellos profesores cuyos nombres son ya míticos para todos nosotros o el peso y la fuerza de las ideas y de las convicciones que el maestro muestra y demuestra en estas cartas.

No ha sido fácil convencer al autor para que acepte publicarlas. Fueron concebidas en un primer momento como forma de comunicación íntima con un grupo de alumnos suyos encabezado por nuestro magnífico prologuista Luis Abril Pérez. Con posterioridad han trascendido, no sólo por la personalidad y la bonhomía de su autor, sino por constituir una serie de hitos capitales en la biografía de sus primeros destinatarios y ahora también en la de todos los lectores de este libro. He ahí el argumento fundamental en el que descansa su publicación y que ha llevado al ánimo de nuestro autor el dar su consentimiento para esta publicación.

No podía faltar el oportuno apéndice fotográfico del que como editor me confieso único responsable, por encima de las reticencias del autor, ni tampoco el apoyo de la *Academia Vasca de Derecho-Zuzenbidearen Euskal Akademia*, para la que es todo un privilegio que su nuevo socio de honor, don Ricardo de Ángel Yágüez, la enaltezca con este libro tan suyo, y a la vez tan de todos, que pasa a formar parte de la lista de títulos de la colección *Abeurrea*.

Zorionak eta eskerrak zuri, Ricardo adiskide horri!

Andrés M. Urrutia Badiola
*Academia Vasca de Derecho
Zuzenbidearen Euskal Akademia*

PRÓLOGO

El día en que el Maestro me pidió que prologase este libro que hoy, lector, tienes en tus manos –así quiero empezar, como los prologuistas profesionales–, echó sobre mis hombros una pesada carga. Yo que él hubiera elegido a algún jurista de prestigio, a alguna figura pública de nivel o a cualquiera de mis compañeros destinatarios, como servidor lo fue, de sus ya famosas cartas, pero no. Quiso él que yo lo hiciera, y aquí estoy. Faltaría más. Por mucho que tenga que justificar antes mi relación con el Maestro y el por qué, según mi entender, de su petición. Que es, justamente, lo que en este momento y de aquí al final del prólogo me propongo llevar a cabo.

Fui alumno del profesor Ricardo de Ángel Yágüez en la Facultad de Derecho de la Universidad de Deusto a lo largo del curso 67-68 del pasado siglo, nada menos. Pertenezco, pues, a la promoción conocida entre los iniciados como La Gloriosa. Asistí puntual y rigurosamente a todas sus clases de Derecho Civil II pasara o no pasara lista, aunque en su descargo debo decir que no solía hacerlo. En sus clases siempre me senté en primera fila y procuré tomar apuntes exhaustivamente. Llegué a su examen final –oral– con el antecedente de una matrícula de honor en Civil I. Pasé su primera prueba con holgura suficiente, que no con brillantez, y me ofreció un notable, me pidió que siguiese para llegar a repetir matrícula y le dije que no, que con el notable me valía. Y aún no sé muy bien por qué hice aquello, un rehúse que me ha acompañado a lo largo de mi vida y que aún no he podido explicarme. Preparado iba. Pero el caso es que tomé mi notable y me fui.

Quizás fuera todo una cuestión de temor reverencial, no lo sé. En aquel tiempo, el profesor de Ángel tenía veintiséis años y mucha plaza. En sus clases llenaba el escenario y exhibía una seguridad en sí mismo apabullante, una altura intelectual abrumadora y unos conocimientos jurídicos de primer orden. Bajaba del estrado para dar sus lecciones magistrales a nuestro propio nivel. Y todo aquello siendo debutante, que no en vano fue el 67-68 su primer curso al frente de la cátedra de Civil en Deusto. Las leyendas sobre su capacidad intelectual corrían de boca en boca. El día de su boda cumplió

de largo con sus clases antes de ir a casarse a mediodía. Todos tuvimos claro, desde el primer momento, que aquel no era un profesor al uso, que no era uno más. Y encima ¡no solía pasar lista! Pero lo cierto es que, bromas aparte, Ricardo tardó muy poco tiempo en convertirse para nosotros, sus alumnos, en una suerte de arquetipo del profesor realmente universitario, uno de aquellos docentes a los que merecía la pena seguir.

Cuando dejé mi *alma mater*, de cuando en vez me llegaban recuerdos suyos a través de terceros y yo los devolvía, pero lo cierto es que pasó mucho tiempo sin que surgiera la ocasión de coincidir. Pasaron muchos años sin vernos. Dejé Bilbao, mi carrera profesional se fue haciendo más intensa y en relación con Ricardo mantuve siempre vivo el recuerdo de que fui un alumno que, en el momento decisivo, el examen final, no se hizo grande ante el gran profesor.

Hasta que, miren ustedes por dónde, la vida me brindó la ocasión de poderse lo explicar. Obviamente, después, ni se lo expliqué ni nada, que semejante historia comparada con lo emotivo del reencuentro se quedó en lo que se tenía que quedar: en agua de borrajas. Porque lo que de verdad importa es que cuarenta y tantos años después de habernos visto Ricardo y yo por última vez, nos volvimos a encontrar en la Universidad de Burgos, y por obra y gracia de su vicerrectora Elena Vicente.

Los hechos ocurrieron más o menos así: el día en que servidor tomaba posesión como presidente del Consejo Social de la Universidad de mi ciudad natal, fue Elena quien en una de las reuniones trajo a colación, a propósito de no sé yo muy bien qué, el nombre del maestro. Me contó que caía por Burgos de vez en cuando. Quien esto escribe reaccionó a la mención de manera acorde con cuanto he dejado dicho en los primeros párrafos de este escrito. Y allí mismo, surgió el germen del reencuentro. Elena, como no podía ser de otra manera, organizaría un seminario sobre daños punitivos –igual que pudo haber sido sobre el levantamiento del velo de la persona jurídica o cualquier otro asunto de idéntico interés– en la Facultad de Derecho, anunciando a Ricardo de Ángel y a Eugenio Llamas como estrellas invitadas, como ponentes de lujo. El retorno de Ricardo a Burgos llegaría así como tenía que llegar. A tal señor, tal honor. Y allí le estaría yo esperando.

Le recibí en la Universidad a pie de coche, como dice la gente de protocolo, un mediodía otoñal de octubre de 2016. No dejamos de hablar ni de contar historias durante la comida. Asistí a la inolvidable sesión de dos figuras del Derecho español sobre daños punitivos. Y rejuvenecí Dios sabe cuántos años al encontrar al Maestro igual, con toda su potencia intelectual en plenitud. Con su memoria intacta. Recordándonos uno por uno a todos los que habíamos sido sus discípulos, sabiendo de nuestras carreras profesionales y en algunos casos hasta de nuestras vidas personales. Rebelado ante el paso del tiempo, pero dueño de su pasado y de su presente hasta extremos inimaginables. Toda una revelación.

Transcurridos unos días, empecé a pensar que haber recobrado a Ricardo, tenerle cerca, hablar con él de vez en cuando, era un privilegio que no podía guardar sólo para mí. De manera que propuse al Maestro que se viniese un día a Madrid, que yo reuniría en torno a él a un grupo bien elegido de sus alumnos, porque quería que las sensaciones que yo había vivido en Burgos pudieran disfrutarlas también mis compañeros y amigos de aquellos tiempos felices de Deusto de la segunda mitad de los sesenta. Llamé a unos cuantos de mis compañeros de promoción, y a la lista inicial de asistentes potenciales se sumaron algunos otros ilustres antiguos de Ricardo, a quienes la noticia del advenimiento del Maestro a Madrid les llegó vía información privilegiada. No quedaba ya más que fijar la fecha.

Y el 21 de febrero de 2017 fue el día señalado. Todos los convocados esperamos a Ricardo en Jai Alai, dónde si no. Allí no faltó nadie. Manolo, Txibi, Agustín, Angelito, Javi, Chus, Julián, Juan Carlos, José Antonio... Me dejo a alguien seguro, pero tanto da. Sergio vino con Ricardo, y lo único cierto es que terminamos a las mil y monas. No seré yo quien revele de qué y de qué no se habló en Jai Alai porque no viene al caso, pero sí quiero resaltar que todos salimos de allí felices. El maestro hizo noche en Madrid, volvió a Bilbao al día siguiente, y nos envió según llegó una carta de agradecimiento que supuso el inicio de un muy fructífero juego epistolar que terminaría desembocando en este libro.

Las cartas de Ricardo al grupo de Jai Alai fueron fluyendo como la vida misma. Algunas veces surgían *motu proprio*. Otras, las más, impulsadas por

respuestas de los destinatarios al emisor compartiendo asuntos, recomendando libros, glosando misivas anteriores, recordando lo bien que lo habíamos pasado el 21 de febrero, o simplemente instándole a que nos escribiera otra carta, y otra, y otra más, y así hasta cuarenta y tres. Y si catorce versos dicen que es soneto, cuarenta y tres cartas de tal tenor ¡qué no serán! No podían convertirse en otra cosa que en libro, y libro son.

De manera que el presente volumen, que la Academia Vasca de Derecho ha tenido a bien editar con el propósito noble de sacar a la luz un fiel reflejo de determinados aspectos de la vida interior de un jurista ilustre, incluye las cartas que Ricardo de Ángel ha dirigido a un grupo de sus alumnos a lo largo de un año y que, en opinión de quien firma estas líneas, constituyen una descomunal secuela de amplio espectro a sus enseñanzas jurídicas de antaño.

Las cartas de Ricardo son auténticas lecciones de vida, de comportamiento, de educación. Son lecciones para asimilar y tratar interiormente los recuerdos, las ausencias, los reconocimientos, los afectos, las diferencias, las discrepancias, los procederes. Lecciones para comprender la vida misma, descubrir sus recovecos, escapar de sus trampas, celebrar los triunfos, digerir los fracasos. Lecciones para buscar y descubrir la belleza allá donde se encuentre, para sortear obstáculos estén donde estén, para reafirmar creencias y conductas. Lecciones para vivir el tiempo que nos quede, ojalá que mucho, con dignidad, con entendimiento, con largueza, con serenidad, con aquella dosis de felicidad que exista, si es que alguna existe...

Las cartas de Ricardo de Ángel publicadas en este volumen afloran parte de la riquísima y sugerente personalidad del maestro que los destinatarios, en nuestra condición de estudiantes, sólo fuimos capaces de intuir, o quizás ni eso, porque la distancia formal entre uno y otros, entre maestro y discípulos, era, en aquellos tiempos, demasiado grande. A través de las cartas que este volumen incluye hemos sido capaces de conocer más a su autor, pero su valor intrínseco no se para ahí. Lo cierto y verdad es que nos ayudan a conocernos más y mejor a nosotros mismos. Y son además un permanente ejercicio de inteligencia y de erudición, muestran el enciclopédico conocimiento de Ricardo sobre asuntos de condición muy diversa, lucen una envidiable riqueza de lenguaje, un sentido del humor bien marcado y una vita-

lidad y un ingenio que para sí hubiesen querido muy notables y consagrados cultivadores del género epistolar.

En consonancia con cuanto arriba digo, Andrés Urrutia, presidente de la Academia Vasca de Derecho, no dudó en sugerir a Ricardo la conveniencia de que aquellas cartas fuesen publicadas, y le ofreció que fuese la Academia quien las editase, incluyendo el volumen resultante en su colección Abeurrea. Mi convicción es que el lector acogerá esta publicación como si fuese agua de mayo. Agua vivificante, benéfica, saludable, cuyo caudal le será siempre atribuido a un hombre de bien, jurista ilustre, maestro emérito, a quien nunca terminaremos de pagarle tanto cuanto le debemos y que se llama Ricardo de Ángel, a quien Dios guarde.

Y por terminar, sobre mi condición de prologuista, pues ahí queda mi concurso de méritos: nada que no sean coincidencias, puras coincidencias. Burgos, el Consejo Social, Elena Vicente, los daños punitivos, Jai Alai, Sergio, Irene. Coincidencias que, burla burlando, fueron encadenándose luego unas con otras y todas entre sí para que, merced a su existencia, este libro haya visto la luz. Ya sabe el lector, pues, por qué quiso el maestro que yo escribiera el prólogo de su libro. Hizo como Napoleón y se acogió a mi acreditada fama de hombre de suerte. A lo que añado yo: y en este caso ¡bien que la he tenido!

Luis Abril Pérez

Madrid, 21 de febrero de 2018

en el primer aniversario de la reunión de Jai Alai